UNA CRÓNICA SOBRE LOS DESECHABLES DEL NARCO

VÍCTOR HUGO **MICHEL**

MORIR EN MALASIA

OCEANO exprés

Índice

A manera de prólogo:
Haz patria, perdona a un buchón, por Froylán Enciso, 15

Primera parte

Previo. Llamada de larga distancia, 31
I. En el fin del mundo, 35
II. Sentencia en el lodo, 55
III. La leyenda negra, 67
IV. "¡Mátenlos en caliente!", 87
V. Los diplomáticos, 105
VI. Una mano en el engranaje, 119

Segunda parte

Previo. The Hanging Judge, 149
VII. *Dura lex, sed lex*, 153
VIII. Juicio malasio, 167
IX. Tres tumbas, 185

Epílogo, 199

Agradecimientos, 201

Previo. llamada de larga distancia

4 de marzo de 2008. Barrio de Loma de Rodriguera, Culiacán

La llamada llegó a Sinaloa a la mitad de la cena, cuando el disco de Los Tigres del Norte iba por su segunda vuelta y las mujeres estaban en la cocina preparando más tortillas. El único reloj de la casa, una sencilla construcción de ladrillos con techo de lámina, marcaba las 8 de la noche. Una decena de personas estaban reunidas para celebrar el cumpleaños de Leticia, la mayor de las hijas del matrimonio González Villarreal.

Alejandrina, la cuarta de 11 hijos, fue la primera en saltar. Tenía una corazonada y desde días atrás se había convencido de que recibiría noticias del extranjero.

–¡Son los Buchones! —gritó, ya rumbo al teléfono. Se refería al apodo con el que todos conocen a sus hermanos José Regino, Luis y Simón, ausentes desde hacía un mes en un viaje de trabajo que les tendría fuera de México por tiempo indefinido.

Su premonición resultó acertada. Por primera vez desde su partida, llamaba Simón, el hijo menor de la familia. Sonaba alterado.

–Este… pásame a mi carnal Efrén —pidió.

–¿Por qué?

–¡Rápido, rápido, no hay tiempo! ¡Pásamelo!

En medio del alboroto, alguien apagó la radio. Los Tigres callaron y la familia se congregó en torno al teléfono. Efrén, un obrero dedicado a la producción de ladrillos, tomó el auricular. Escuchó por varios minutos. Palideció.

–Mis hermanos están detenidos —dijo después, cuando acababa de cortar la llamada—. Los agarró la policía.

–¿Dónde están?

–Dicen que en Malasia.

–¿Y eso dónde es?

Esa noche de martes, la familia González Villarreal se dio a la tarea de buscar las cajas en las que estaban arrumbados, desde hacía años, los libros de texto de la primaria. Querían encontrar el viejo atlas escolar.

En la cocina, las tortillas comenzaron a quemarse.

***

Febrero de 2011. Las Vegas, Nevada

–Creo que este caso te puede interesar —me dijo ese viejo diplomático, mientras revolvía el hielo con su whisky. Estábamos sentados al fondo del bar del casino, lejos de la mirada de la gente.

–¿Qué tanto sabes de Malasia? —preguntó.

7 de marzo de 2011. Ciudad de México

Estimado Víctor:

Después de haber sometido nuestra consulta a la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), en atención a tu solicitud de información y apoyo para tu investigación, nos fue indicado que esta Embajada no está facultada para proporcionarte los datos solicitados.

Sin otro particular, te envío un cordial saludo.

Isidro Alejandro Ortiz
Embajada de México en Malasia

I. En el fin del mundo

Johor Bahru, ciudad que nunca duerme, /
repleta de pecados, / ofreces un panorama
de la vida, / eres una caja de Pandora rebosante
de emociones.
Azly Rahman, "Jay Bee"

16 de marzo de 2011. Johor Bahru, Malasia

Aquí terminaba el mundo. Después, no había más que algunas islas, unos pocos reinos y más allá, las Filipinas. Luego, sólo el inmenso Océano Pacífico. Los musulmanes le llamaban Ujong Tanah y los chinos P'u Luo Chung. Ambas significan lo mismo: "El fin de la tierra". La última punta de Asia antes del mar de China y las junglas de Borneo.

Hoy es más bien una región que ha cambiado su aire de lo exótico a lo industrial. Los singapurenses la conocen como "el salvaje norte" y los malasios le llaman "la ciudad sureña". Los mexicanos podríamos nombrarla Tijuana o Ciudad Juárez. Si éstas existieran en Asia, estarían aquí, en el extremo de esta península. Encajarían perfectamente en medio de su mar de maquiladoras. Serían Johor Bahru.

Llegué al fin del mundo el 16 de marzo de 2011, a bordo del vuelo 5271 de Air Asia, justo en la cola del monzón del noreste. Eran los días más fuertes del temporal al que los malasios conocen como el Musim Tutop Kuala —"la lluvia que cierra puertos"—, cuando fuertes vientos barren y golpean la península de este a oeste, haciendo un suplicio de cualquier viaje. Iba en busca de lo que suponía eran tres mexicanos.

Estábamos por aterrizar. La azafata, una musulmana de edad mediana que tenía el cabello perfectamente cubierto por una mascada, tomó el altavoz en medio de las sacudidas producidas por la turbulencia.

–*Ladies and Gentlemen, welcome to Johor Bahru, Malaysia's South border* —anunció—. *We will be landing shortly…*

Por todo el avión, comenzaron a apagarse las laptops, los iPods, los reproductores de música. Periódicos y revistas fueron guardados y los cinturones apretados. Pero junto a las recomendaciones habituales de asegurar la mesa de servicio y dejar de utilizar todo aparato electrónico, la azafata añadió una advertencia en tono severo. La misma con la que se recibe a todos aquellos que deciden visitar esta parte del mundo:

–*We remind you that drug trafficking is punishable by death.*

Eran las 7 de la mañana en el vuelo de ojo rojo, un expreso norte-sur reservado para viajeros madrugadores entre Kuala Lumpur y Johor Bahru. En cosa de minutos estaríamos en el aeropuerto Sultán Ismael, pero primero tendríamos que soportar fuertes vientos cruzados y atravesar una barrera bastante espesa de nubes.

–Por favor mantengan sus cinturones abrochados. Experimentaremos un poco de turbulencia durante el descenso —complementó la azafata. Sonaba particularmente despreocupada.

Decir que enfrentaríamos un poco de turbulencia era un eufemismo. El avión, atrapado entre las corrientes del Musim, se balanceaba precariamente, con sus turbinas emitiendo penosos sonidos de esfuerzo que a más de uno nos tenían al borde del asiento.

Desde mi ventana pude ver cómo la cubierta de nubes daba paso a los primeros trazos de tierra. Eran kilómetros y kilómetros de selva y plantíos de palma. Eventualmente,

aparecieron indicios de una ciudad. Sus casas parecían talladas en medio del follaje.

La ruta de aterrizaje nos llevó primero por encima de cocoteros y palmeras que se fueron espaciando más y más hasta después dar pie a bodegas, feas viviendas de un piso y después, un majestuoso domo dorado. Era una mezquita, un edificio coronado por una media luna. Una estrella, erigida en todo lo alto, era visible desde el aire, aun en medio de la lluvia.

El descenso fue precipitado. Opté por ignorar los chillidos de las turbinas y las risas nerviosas de los demás pasajeros y, entre los saltos y tumbos del avión, me concentré en mi libreta de reportero. Repasé con detalle las direcciones y las explicaciones, que no eran más que líneas garabateadas a toda prisa en los últimos días. Revisé mis notas hasta encontrar el nombre del lugar al que tenía que dirigirme: Ayer Molek, la cárcel de máxima seguridad de Johor Bahru.

Sólo un día antes, en una cafetería de Kuala Lumpur, un abogado me había dicho que tendría que ir ahí, si es que quería encontrar a los hermanos González Villarreal, tres mexicanos encarcelados por tráfico de drogas. Su nombre era Kitson Foong.

–¿En serio son mexicanos? ¿Está seguro de que no son colombianos? —le había preguntado cuando me contó el relato. Quería asegurarme de que no estaba caminando hacia un fiasco.

–Eso —respondió con aire confiado— es lo que dicen sus pasaportes. Aunque… no podría asegurárselo porque no sé distinguir entre ustedes los latinoamericanos.

***

No habían pasado ni 48 horas desde que había conocido a Foong por primera vez. Tras obtener sus datos gracias a una página de internet, pude arreglármelas para agendar una cita vía su secretaria, una mujer con pesado acento hindú con quien a duras penas pude comunicarme.

Un tanto sorprendido, Foong accedió a verme en un lugar llamado Bangsar Village, un barrio de lujo al que se conoce como el Beverly Hills de Kuala Lumpur por los autos último modelo que recorren sus calles y que, irónicamente, se halla no muy lejos de un barrio hindú pobre.

Encontré al abogado sentado en la banca de una plaza, ojeando una revista. Era un chino alto, joven, de rostro cuadrado y lentes de pasta. Por la forma en la que se ceñía a su cuerpo, noté que su traje había sido cuidadosamente ajustado por un sastre. Sus zapatos brillaban como espejos. "*Nice to meet you*", me dijo al extender una mano coronada por un Rolex y unas elegantes mancuernillas plateadas. Su acento era marcadamente británico. Gritaba Londres.

Tras las presentaciones de rigor, nos sentamos a la mesa de un restaurante. No pasó demasiado tiempo para que Foong tomara la iniciativa.

–¿Realmente les importa este caso en México? —me preguntó de forma dramática—. Debo decir que hasta ahora ni la embajada ni la familia me han contactado para coordinar la defensa de los tres chicos. Y eso que han estado detenidos desde 2008.

–¿No le ha llamado la embajada?

Foong debió notar mi sorpresa.

–Pues… desde que tomé el caso, no. Para nada. En el despacho imaginamos que no tenían conocimiento de que estaban detenidos o que no les interesaba —repuso.

El caso, me explicó, había llegado a su escritorio en los primeros días de enero de 2011, luego de que un con-

tacto en la cárcel le informara que había tres individuos con pasaporte mexicano detenidos en Johor Bahru. No tenían abogado y estaban en busca de un nuevo representante legal ante el inminente inicio de su juicio.

–Me decidí a hacerlo porque parece un asunto interesante —detalló Foong—. Vaya, como involucra la pena de muerte y a tres hermanos, es de alto perfil y de corte dramático. Si ganamos será un buen resultado para nuestro despacho.

–¿Hermanos?

–Querido… ¿acaso no sabía? Los tres muchachos son hermanos. Imagine: tres hermanos en riesgo de ser condenados a morir. Eso no se ve todos los días.

Foong extrajo de su maletín un enorme expediente judicial repleto de post-it y con anotaciones en los márgenes. En la portada, pude ver los nombres de los involucrados: José Regino, Luis y Simón González Villarreal. Pero los apellidos y nombres no decían mucho. Podían provenir de cualquier parte de Latinoamérica.

El caso estaba identificado por el número de serie MT (3) 45-34-2008 y una fotografía estaba pegada en la primera hoja. Era la imagen de un bidón azul, repleto de polvo blanco. Yacía junto a una pipeta.

Luego de traducir algunos fragmentos del expediente policial, Foong entró en detalles. Me contó que los González Villarreal habían tenido una defensa que rayaba en lo "inepto". Era un calificativo que, a decir del abogado, aplicaba a todas las partes involucradas, tanto los abogados iniciales como a la embajada de México. Se habían cometido demasiados errores.

Foong sólo había podido dialogar con los González Villarreal en dos ocasiones, pero todo lo que necesitaba saber se lo había dicho el expediente. Había detectado al menos

dos fechas en las que hubiera sido posible interponer recursos para desestimar las evidencias antes de ir a juicio. También le llamaba la atención que no hubiera numerosas visitas consulares registradas en el expediente de la cárcel.

En cuanto a lo que ahora pasaba, la distancia le complicaba los esfuerzos por entablar comunicación constante con los tres mexicanos. Su oficina estaba en Kuala Lumpur, mientras que ellos estaban encarcelados en Johor Bahru. Desde la capital hasta la frontera sur era necesario conducir unas 4 horas a través de una autopista que serpentea por la costa y después cruza en medio de la selva. Un viaje pesado.

–El asunto está muy complicado —admitió Foong por primera vez.

–¿Qué tan probable es que los condenen a la pena de muerte? —pregunté. No imaginé que la respuesta fuera tan dura.

–Las probabilidades están ahí —replicó directamente—. En Malasia se es culpable hasta que se pruebe lo contrario, y en estos momentos para el sistema judicial ellos son culpables. Todo depende de qué tanta mierda tengas encima y a estos chicos les acusan de haber estado en una fábrica con 250 kilogramos de metanfetaminas. Eso es mucha mierda. Si pierden, van a colgarlos. Nuestra ley antinarcóticos es muy estricta.

Por lo que Foong estaba exponiendo, era evidente que desde la detención de los tres hermanos no se había trazado ninguna estrategia de defensa claramente articulada. Ello, pese al riesgo de ir a la horca. Incomprensiblemente, no habían tenido acceso a un traductor que les explicase los cargos en su contra y, en un sistema judicial que no permite errores y en el que los abogados deben seguir con lupa el desarrollo de un caso, habían cambiado de defensores en varias ocasiones.

–Ellos —relató Foong— fueron arrestados en marzo de 2008. El primer abogado que tomó su defensa fue Chee Kuat Lin, un expolicía que cursó leyes en su tiempo libre en una escuela nocturna. Lo que yo sé es que era un agente antinarcóticos de Johor Bahru que estaba a punto de retirarse y el último expediente que vio fue el de los muchachos. Por eso decidió llevárselo. Pensó que podría hacer dinero con unos presuntos narcos mexicanos.

Ya en su papel de abogado, Kuat Lin asumió la defensa de los González Villarreal durante las audiencias iniciales, un momento crítico cuando el Estado comienza a sopesar las evidencias y a medir a los acusados para definir si vale la pena proceder o desechar el asunto.

Para hacer frente a esa etapa se subcontrató a un jurista inexperto, Mohamed Abdul Kadir, un recién graduado de la Escuela de Derecho de Kuala Lumpur. Fue a él, un abogado bisoño, a quien Kuat Lin encargó la misión de determinar si era posible anular las acusaciones y evitar la pena de muerte sin demasiado esfuerzo. No tuvo mucho tiempo para hacerlo.

–Por su ineficiencia, Kadir fue despedido a principios de 2009 —reveló Foong con un cierto aire indignado—. Faltaba a muchas audiencias, no llegaba a la hora prevista y no sabía los plazos. Por eso fue remplazado por un tercer abogado, Dato Salehuddin.

–¿Y dónde está él?

–Tampoco duró mucho. El expediente dice que renunció a defender a los muchachos el 13 de abril de 2010, luego de pelearse a gritos con el juez en plena corte.

Desde entonces y hasta principios de 2011, los tres hermanos estuvieron a la deriva en un mundo jurídico en el que cualquier falla implica el riesgo de ir al patíbulo.

Llevaban ya varios errores a cuestas. Pensé en una analogía beisbolera. Habían regalado muchas bases por bola.

¿Dónde estaba la embajada de México? En casos similares —en los que había la posibilidad de que un mexicano enfrentara la pena de muerte—, la Secretaría de Relaciones Exteriores daba siempre un seguimiento puntual, casi con microscopio, al desarrollo de los juicios.

La inconsistencia con respecto a otros casos de protección consular era muy evidente. En Estados Unidos, el gobierno federal había financiado por años un muy eficiente Programa Legal de Asistencia para Casos de Pena Capital, un título burocrático bajo el que trabajaba un verdadero ejército de abogados penalistas dedicados a dar atención constante a más de 50 expedientes.

Era una tarea titánica, dado el elevado número de mexicanos en riesgo de ir al corredor de la muerte en la Unión Americana. Un equipo de abogados, contratados por la red consular de México, debía mantenerse atento a fechas clave, deposiciones, presentación de evidencias, alegatos, posibles apelaciones y otros recursos legales en estados tan distantes y diferentes entre sí como Texas, California o Nebraska. Todo para evitar errores procesales que pudieran terminar con un mexicano recibiendo la inyección letal.

Durante años, Tlatelolco había sido particularmente abierto en ese tema. Con sólo hacer algo de memoria, podía recordar a Javier Suárez Medina, condenado a morir en Texas en 2002 por el asesinato de un policía. La cancillería había publicitado los nombres de sus abogados y ayudado a varios medios a entrevistarle en la cárcel. Hubo hasta una petición de clemencia por parte del entonces presidente, Vicente Fox, para evitar su ejecución (fue denegada por el gobernador Rick Perry).

Estaba también el caso de Ángel Maturino Reséndiz, "el asesino de los rieles", un psicópata y asesino serial mexicano que mató a 15 personas a lo largo de varios años. En 1998 fue condenado a muerte por la violación y homicidio de una pediatra, Claudia Benton.

Aun tratándose de un asunto difícilmente defendible, Relaciones Exteriores le incluyó en su programa de asistencia y trató de salvarle de la muerte, argumentando que no estaba bien de sus facultades mentales. Eso le hubiera eximido de la ejecución bajo tratados internacionales. Cuando una corte de distrito de Houston desestimó esa idea, Tlatelolco emitió el siguiente comunicado, fechado el 6 de enero de 2006: "La Secretaría de Relaciones Exteriores informa con grave preocupación que el día de hoy una corte de distrito fijó el 10 mayo de 2006 como fecha de ejecución del connacional Ángel Maturino Reséndiz, desechando una moción presentada por abogados especialistas en casos de pena capital del gobierno de México".

Aún más importante fue el siguiente párrafo: "El gobierno de México reitera su indeclinable oposición a la pena de muerte y continuará ejercitando todas las acciones legales y diplomáticas a su alcance para evitar la ejecución de cualquier mexicano condenado a esta pena en el extranjero".

A primera vista y sin tener todos los pormenores del caso, parecía que los González Villarreal no habían gozado de un trato parecido.

–En todo este tiempo la embajada no los ha buscado —me dijo Foong—. Ni siquiera les ha asistido con un traductor para que entiendan el proceso que se está llevando en su contra.

No sabía si lo que decía el abogado era verdad o no, pero no tenía forma de confirmarlo. La embajada, enca-

bezada por Jorge Alberto Lozoya, un eminente experto en culturas asiáticas, se había negado a recibirme. Pero Foong no le dio vueltas al asunto cuando le pregunté qué podía pasar si los mexicanos perdían su juicio.

–Pueden apelar, aunque eso es ya ir contracorriente. Si todo falla, los cuelgan. Así de sencillo. En especial por el juez que les ha tocado. Le dicen el Juez Soga. Ha enviado a decenas al patíbulo —me dijo.

Dirigí la vista al expediente policiaco. La introducción, como me fue traducida, decía: "A las 3:15 horas del 4 de marzo de 2008, la Real Policía de Malasia arrestó a cinco sujetos en una fábrica".

–¿Cuándo comienza el juicio? —pregunté.

–En cinco semanas. Es muy poco tiempo para preparar la defensa. Me urge poder entenderme con ellos.

***

Después de pelear por lo que pareció una eternidad contra el Musim, el avión aterrizó de golpe y me sacó de mis preparativos. Tocamos pista con fuerza, tanto que pude escuchar las maletas saltar en algunos de los compartimentos y al tren de aterrizaje dar varios golpes en el asfalto. Hubo algunos gritos ahogados en la cabina.

–Señoras y señores, desembarcaremos en la puerta 4. Su equipaje pueden recogerlo en la cinta B —nos dijo la azafata, como si fuera cualquier otro anuncio. Al menos ella estaba tranquila.

A la entrada de la terminal, los maltrechos pasajeros del Air Asia 5271 fuimos recibidos por un equipo de agentes armados.

–*Please open your bags* —nos ordenó uno de los policías, ametralladora al cinto. Hombres con boinas negras

comenzaron a revisar el equipaje en busca de contrabando, una escena que ya había visto antes y a la que me había acostumbrado en años recientes en aeropuertos de Tijuana, Culiacán o Juárez.

Algunos viajeros debieron responder a una larga batería de preguntas, en especial los hombres que viajaban solos. (Gracias a una pareja de australianos, pude escuchar su versión en inglés: "¿A qué viene?, ¿cuánto dinero trae consigo?, ¿cuántos días estará aquí?".) Las mujeres fueron interrogadas por policías de sexo femenino con el cabello cubierto por un *hiyab*, el velo islámico. ("¿Nadie tocó sus maletas?, ¿ha estado en contacto permanente con ellas?")

Casi como para apuntalar el ambiente de seguridad, en las pantallas de la sala de llegadas se repetía rítmica y periódicamente un mensaje en grandes letras blancas sobre un fondo negro: "¡Evite riesgos! ¡Evite riesgos!". La frase, que era mostrada primero en bahasa-malayo y luego en inglés, venía seguida por una leyenda cuyo significado era inconfundible: *Drugs are punished by death.*

En ruta hacia la salida, sobre las mesas de aduanas, pude ver varias maletas que ya habían sido abiertas. Mientras interrogaban a sus dueños, policías escarbaban entre sus contenidos con guantes de látex. Movían ropas, bultos y zapatos de un lado a otro.

Semanas antes, una revisión similar había terminado con siete iraníes y algunos búlgaros detenidos. Llevaban de contrabando paquetes con varios kilogramos de metanfetaminas, la droga de moda en Asia. Probablemente se dirigían a Singapur, a sólo unos kilómetros de distancia de la terminal aérea. Desde ahí, tendrían todo el mundo a su alcance: de sus muelles y aeropuerto parten y atracan a toda hora aviones y barcos con destinos a todos los continentes. La isla-Estado es una de las ciudades más conectadas del

planeta, un *hub* que bien puede rivalizar con Nueva York y Londres.

Pese a ser extranjero y de lo que ahora sé es una nacionalidad de interés para el gobierno malasio, logré pasar la aduana con una revisión mínima, probablemente gracias a que no llevaba equipaje alguno. Como precaución, sólo tenía conmigo una pequeña mochila con mi cuaderno, una pluma y una cámara de video. Todo lo demás lo había dejado atrás, en un sucio hotel del barrio chino de Kuala Lumpur.

Al traspasar las puertas del aeropuerto, en la calle me recibió un baño sauna, con una humedad tropical que no esperaba. Tan rápido como caía, la lluvia se evaporaba y se adhería al cuerpo. Los pocos pasajeros que estábamos en la fila de espera para abordar taxis terminamos completamente empapados y sudorosos. En cosa de minutos estábamos hechos una penosa sopa goteante.

En la terminal, una larga fila de taxistas competía por el pasaje. Pero el primer conductor al que traté de contratar, un viejo chino con ralos bigotes blancos, se sorprendió cuando le pedí trasladarme a la penitenciaría estatal, un reclusorio que por su historia está cargado de simbolismos negros para los malasios.

–Penjara Ayer Molek —le dije. Al escuchar el nombre, guardó silencio y me revisó de pies a cabeza. Se le veía poco convencido. Todo terminó en una negativa. "*Bukan, bukan* [no, no]", musitó, antes de dejarme de pie bajo la lluvia.

Quizá no muchos extranjeros que arriban por vía aérea a Johor Bahru suelen pedir que se les lleve ahí, a la cárcel más famosa de todo el sur de Malasia, un complejo de más de un siglo de antigüedad en el que se encuentran detenidos algunos de los criminales más peligrosos del país,

desde secuestradores y guerrilleros maoístas, hasta asesinos y narcotraficantes.

Los demás taxistas también se hicieron los desentendidos. Era como si nadie supiera dónde estaba la cárcel. Comenzaba a resignarme a rentar un auto cuando uno de los conductores, un hombre gordo y de espesa barba negra que se presentaría después como Bahadar, accedió a realizar el viaje por una "comisión especial" por el riesgo de adentrarse en un barrio bravo.

–¿Cuánto tiempo planea estar ahí? Lo llevo, pero no me quedo tarde. ¿Estamos? —me advirtió en inglés. Luego de acordar un precio, encendió su auto, un viejo modelo japonés con asientos de piel descarapelada. Su interior estaba adornado con imágenes de gurús y santos. Del estéreo comenzó a fluir un concierto estruendoso de música en tamil. Nos íbamos a la cárcel.

***

A través de la ventana, en el trayecto hacia la penitenciaría, me encontré con imágenes que parecían arrancadas de México. Enormes multifamiliares de interés social se sucedían en el horizonte, sus fachadas cubiertas por telarañas de lavandería tendida a mal secarse en el temporal. Durante los frecuentes altos, niños de la calle y pedigüeños toreaban el tráfico, pidiendo dinero o vendiendo goma de mascar, dulces y cigarrillos. Los voceadores de periódicos llevaban en las manos diarios empaquetados en plástico, con portadas repletas de lo que parecían ser hechos violentos.

El paisaje de Johor Bahru me recordó a distintas ciudades-maquila de la frontera norte mexicana. Como allá, decenas de parques industriales estaban rodeados de una constelación de restaurantes baratos, puestos de comida,

bodegas, despachos de exportación y pasajes repletos de comercios callejeros dedicados a la piratería. Pero las diferencias también eran evidentes. Muchas mujeres caminaban cubiertas de pies a cabeza, como dictan las interpretaciones islámicas más estrictas. Tampoco era el desierto norteño de mi país. La ciudad entera había sido construida en medio de la selva, hecho remarcado por el denso follaje de los árboles, en los que de repente era posible ver macacos saltar de rama en rama. Y a la distancia se asomaba otro bosque que terminaba con cualquier sensación de mexicanidad. Eran los minaretes de las mezquitas.

Para esa hora de la mañana, como en realidad ocurre en todas las demás horas del día, el tránsito era atroz. Por espacio quizá de 20 minutos permanecimos atorados en el mismo punto. Aburrido, entablé conversación con Bahadar. Le pedí contarme sobre Johor Bahru y la fama que tiene como la ciudad más peligrosa de Malasia. Era un dato que había alcanzado a leer en internet poco antes de abordar el vuelo.

–¿Qué es lo que ha leído? —me preguntó.

–Que aquí matan gente —mentí. En realidad, había leído una historia sobre un incidente de piratería. Pero Bahadar no tenía que saberlo. Era una buena táctica para, como decimos los periodistas, reportear al conductor y sacarle buenos datos. El chofer reaccionó un tanto a la defensiva.

–Eso es pura fama —me dijo molesto—. Esta ciudad puede ser peligrosa para el que no sabe el camino por las drogas y sí, a la gente que no sabe en dónde no meterse, la pueden asaltar de noche. Pero diría que el problema que tenemos es principalmente el de una mala reputación.

A lo que Bahadar se refería es a un hecho que a los johorenses duele mucho. La seguridad pública en Johor

Bahru, aunque ni de forma distante está tan deteriorada como en México, se encuentra en franca crisis. Desde hace media década, Jay Bee —así le apodan sus habitantes— tiene la tasa más alta de robos, violaciones y homicidios de todo el país y se ha vuelto famosa por sus delitos callejeros, que le han ganado el apodo no oficial como "la capital de los delincuentes de Malasia". Las detenciones por narcotráfico se han disparado y al mismo tiempo se han registrado tiroteos entre narcos y policías, algo completamente inédito para una sociedad asiática terriblemente ordenada, como la de los malasios.

Las cosas estaban tan mal que en 2007 se lanzó una guerra contra el narco que tiene muchos paralelismos con la nuestra. La crisis de Jay Bee obligó al gobierno central a enviar tropas federales —incluida una unidad antinarcóticos— para asistir a la policía local, evidentemente sobrepasada. Todo indicaba que la delincuencia iba en busca de explotar las oportunidades que ofrecía una frontera entre el primero y el tercer mundo.

Quizá más que Tijuana y guardando toda proporción, Johor Bahru era el equivalente a lo que fueron Ciudad Juárez y El Paso durante los años más violentos del sexenio de Felipe Calderón. De un lado, el malasio-mexicano, la violencia. Del otro, el singapurés-estadunidense, la inversión y los recursos.

En Malasia, como en México, el Estado pegó con puño cerrado. Desde el inicio de la cruzada anticrimen en Johor Bahru, se permitió a los comandos federales patrullar las calles con ametralladoras y encabezar operativos para dar con los "enemigos de la sociedad" en la ciudad. Hoy es común ver a esos soldados con sus uniformes azules y armas largas, moviéndose entre el tráfico, revisando todo aquello que les parezca sospechoso.

Bahadar me sacó de mi reflexión. “Estamos por llegar”, me dijo. “En la cárcel lo esperaré afuera. Llámeme cuando termine y por ninguna razón se le vaya a ocurrir caminar por ahí. No sabe lo que puede encontrar.”

A la distancia pude ver que nos acercábamos a la *penjara*. Los letreros decían que estaba próxima la salida de la autopista.

–Muchos contrabandistas de droga terminan en esta cárcel —me dijo el conductor.

***

Cuando por fin descendí del taxi, me acerqué lentamente a la caseta de entrada con las manos claramente a los lados. Desde la puerta, un equipo de agentes con armas pesadas controlaba el acceso.

La penitenciaría era fácil de reconocer por sus muros de tres metros de altura y un aire siniestro, pese a los colores chillantes con los que se había pintado el edificio central. El pasto que le rodeaba no había sido cortado en mucho tiempo. Debía haber todo tipo de fauna moviéndose entre los matorrales.

Me presenté como un visitante. Rumbo a la recepción, caminé por un patio protegido por torres de vigilancia, desde las que se asomaban los cañones de varias ametralladoras. No me parecía un lugar del que alguien pudiera escapar. No había encontrado en la prensa más que un antecedente de un intento de fuga, en los años noventa del siglo pasado.

A lo lejos, detrás de una reja, pude ver a los primeros reos de Ayer Molek. Marchaban disciplinadamente en silencio. Lo hacían lenta, metódicamente, un pie tras otro,

bajo la mirada de unos cuantos guardias. Era un ambiente opresivo y triste.

Noté que las paredes del complejo penitenciario estaban cubiertas de herrumbre y que largas marcas rojizas, producidas por décadas de lluvias tropicales sobre el alambre de púas, se extendían por todo el perímetro. El concreto estaba manchado y recubierto de hongos.

Fui atendido por seis oficiales musulmanas en la oficina de acceso a la cárcel, una sala repleta de bancas de plástico color verde con linóleo descascarado en el piso. Una televisión con el volumen demasiado alto mostraba escenas de lo que parecía ser un programa de concursos. Gente contenta y sonriente. Competían por ganarse algo.

El contraste entre la televisión y la sala de espera no podía ser mayor. Sentadas por aquí y allá, personas con caras largas esperaban su turno para visitar a familiares encarcelados. Permanecían en silencio, amedrentados por la pesada mirada de las guardias. La tensa espera, en medio del bochorno de la humedad y el calor, sólo se veía cortada por las risas que de repente surgían del monitor cuando el conductor anunciaba algún producto. Había insectos en las ventanas.

–*Take number!* —me ordenó de mala gana una de las celadoras, una mujer rechoncha y ya entrada en años que coordinaba al equipo de guardias. Como todos los demás en la recepción, estaba empapada de un sudor que ya comenzaba a penetrar su *hiyab*. Debía ser terriblemente incómodo, pese a que agitaba furiosamente un abanico entre las manos. Su mal humor ejercía una presencia formidable sobre el cuarto entero.

Tomé mi ficha y me senté junto a una pila de revistas dispuestas en una mesa. Eran publicaciones del corazón, repletas de chismes sobre la farándula local y la familia

real de malasia. Imaginé que la mayoría de los visitantes en una cárcel de hombres, después de todo, serían mujeres: esposas y madres de los más de 2 mil reos que ahí purgaban sus condenas. Pasó una hora antes de que se me llamara de vuelta al mostrador.

–*You come!* —me gritó una de las oficiales.

Sentada en el monitor de una computadora y tras teclear algunos nombres, la guardia me confirmó que los hermanos González Villarreal se encontraban detenidos en el complejo penitenciario. Junto a los nombres pude ver la nacionalidad: "Meksiko".

No podía creerlo. Estaba a un paso de un descubrimiento inédito, pero debía explicar las razones de mi presencia.

–¿Es usted familiar? ¿O es de la embajada? —me preguntó la guardia.

–Vengo de México a platicar con ellos —dije.

Nada más. Nada menos.

Luego de deliberar con sus compañeras por un minuto, la oficial extrajo el cuaderno de accesos. Al momento de anotar mis datos en la hoja de registros reservada para los González Villarreal, pude ver que estaba penosamente vacía. La última visita que habían recibido databa de abril de 2008. Me sorprendí cuando, minutos después, dijeron mi nombre.

–*Masuk!* [¡Entre!] —me ordenó una voz femenina desde los altavoces. Tratando de captar todo detalle posible, recorrí un largo corredor. Incongruentemente, tenía diseños de árboles y mariposas pintados en la pared, como si fuera una escuela primaria. Quizá para tranquilizar a los niños que accedían a ver a sus padres.

A la entrada de la estancia, un guardia me revisó de pies a cabeza en busca de contrabando prohibido, desde

cigarrillos y drogas hasta armas y dinero. Me ordenó vaciar mis bolsillos, retirarme el cinturón, abrir mi cuaderno y desarmar la pluma que llevaba conmigo, además de quitarme los zapatos.

–*You not bring nothing, eh. It bad* —me advirtió. No quería ni imaginarme las penas por llevar algo escondido. No ahí.

Sólo después de eso descorrió el cerrojo y abrió una pesada puerta de metal.

Pero todo valió la pena. Hacia el final del pasillo, dividido en dos por una pantalla de plástico, pude verlos por primera vez. Tres hombres sentados en silencio, con los números 1453, 1455 y 1456 grabados en el pecho de sus trajes color morado.

–Buenas tardes —dije a los tres prisioneros que, atónitos, me miraban del otro lado de la estancia.

CRÓNICA

"Este libro, estilísticamente, refleja uno de los momentos más memorables que pueden ocurrir a un cronista y a sus lectores: el descubrimiento de la mirada del otro mediante la exploración de la mirada propia."

Froylán Enciso

El 4 de marzo de 2008 la policía de Malasia detuvo a un grupo de trabajadores en una planta de procesamiento de metanfetamina. Tras las primeras averiguaciones, la mayoría de los capturados quedaron libres. Sólo tres hermanos de nacionalidad mexicana permanecieron presos, en espera de su juicio. La perspectiva era tremenda: en Malasia se castiga el narcotráfico con la pena de muerte. En esta crónica se retrata el caso de los hermanos González Villarreal como ejemplo de lo que pasa cuando se enfrentan los poderosos contra los más indefensos, los "desechables", los soldados más ínfimos del ejército del narco. Una historia en la que los intereses de los gobiernos, los partidos políticos y los capos criminales bastan para aplastar a los que menos tienen.

Víctor Hugo Michel (Ciudad de México, 1978) ha ejercido el periodismo en las redacciones de *Excélsior*, *Reforma* y *Milenio*, en donde actualmente se desempeña como reportero de asuntos especiales. Reportajes suyos han sido publicados en *Nexos*, *Gatopardo* y *Esquire*. Ha ganado dos veces el Premio de Periodismo Investigativo y de Acceso a la Información de México. Obtuvo la mención honorífica del Premio Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez en 2010.

OCEANO exprés
ISBN: 978-607-8303-95-3
9 786078 303953
www.oceano.mx